Blanda recibe el vagoroso incienso
Y oye sus votos con semblante humano.
Hace llover las nubes fecundantes
En los valles profundos y montañas,
Donde nacen cosechas abundantes,
Y las yerbas jugosas del ganado:
Hace pasar sus vientos voladores
Que depuran la atmósfera redonda,
Y serena en la mar salobre y honda
El furor de huracanes bramadores.
El pueblo todo pálido se aterra
Su triste muerte próxima mirando
Cuando tiembla en sus ejes la ancha tierra,
Pero los elementos se adormecen
A una sonrisa de tu rostro blando.

Tú mueves las entrañas diamantinas
Del avaro mortal, que codicioso
Al anciano infeliz ve como insecto
Arrastrarse en el suelo polvoroso;
Abre al mirarte su encogida mano,
Y auxilio presta á su angustiado hermano.
Haces hincar humilde la rodilla
Y en el polvo tambien poner los labios
A los profundos y orgullosos sabios,
Como á la gente cándida y sencilla.
Tú le haces conocer al poderoso,
A quien deslumbra su esplendente gloria,
Que pronto acabará su tren fastoso
Y que olvidado quedará en la historia.
¡Cuántas veces la tímida doncella,
Casi al perder su virginal decoro,

Cerró los ojos al placer y al oro
Tan pura contemplándote y tan bella!
Siglos y siglos seguirán corriendo
Llevándose á los pueblos y monarcas,
Los grandes monumentos en sus olas,
Con las viejas pirámides de Menfis
Que allá en Egipto se han quedado solas:
Empero el tiempo no pondrá su mano
Ni en la Imágen graciosa de María
Ni en el amor del pueblo mexicano.

AL CORAZON DE MARÍA.

¡Que dulce es para el hombre tener madre,
Madre sensible á quien volver la cara;
Que nos enjugue el llanto de los ojos,
Y nos sirva de puerto en la borrasca!

El hombre en el desierto de la vida
En vez de flores, solo espinas halla,
Y aguas turbias y estériles pantanos
En vez de arroyos y de fuentes claras.

Por todas partes se oyen sus gemidos,
Por todas partes lágrimas derrama;
Suspiros y sollozos, en la tarde,
En la callada noche y la mañana.

El compasivo Dios de las naciones
Al ver congojas y amarguras tantas,
Nos dió por Madre á una Doncella hermosa
Mucho mas pura que la rosa blanca.

Le dió el Señor un corazon muy blando
Para que de este mundo se apiadara;
Corazon cual de tórtola inocente
Que vive quieta en solitaria palma.

Nunca te olvidarás, bella Judía,
De cuando á Dios la guardia pretoriana
Entre risadas coronó la frente,
Y en vez de cetro le prestó una caña.

Nunca se borrará de tu memoria
La insultante y sacrílega algazara
Que levantaba el bárbaro romano
Mientras tu Dios en una cruz temblaba.

Nunca te olvidarás, linda Criatura,
De cuando sobre el Gólgota llorabas,
Ni de cuando la sangre del Ungido
Cayó en tu rostro y en tus manos blancas.

Nunca te olvidarás de cuando el Santo,
Desfallecido y oprimida el alma,
En tí fijando lánguidos los ojos,
Espiró al fin entre mortales ansias.

En tu angustiado corazon entonces
La sangre hirviendo se agolpó agitada,
Y en tu inmenso dolor te estremecias,
Y entrambas manos al Señor alzabas.

Por eso tu dolor es conocido
Del mar de China, á la distante España;
Desde los Andes hasta el lago Ontario,
Del turbio Nilo hasta la Rusia helada.

Pasajero que vas por el camino
Y la ves de dolor descoyuntada,
Dí si en la tierra ó en los anchos mares
Hay desgracia que iguale á su desgracia.

Vírgen sensible que has llorado tanto
En el triste Belen desamparada,
Y bajo el techo del antiguo Templo,
Y bajo el techo de tu pobre casa,

Y en el desierto del ardiente Egipto,
En arenales bárbaros sin agua,
Donde besando al Niño que dormia,
Tu pobre corazon se consolaba:

Tú que has llorado tanto de Solima
En las pobladas y ruidosas plazas,
En sus grandes palacios y en sus calles,
Y en su triste colina ensangrentada:

Tú que conoces las congojas mias
Y las congojas de mi dulce patria,
Recuerda tu dolor y tu amargura,
Y danos compasiva una mirada.

Es verdad que los crímenes rebosan
Y de sufrirnos estarás cansada,
Como el grande Jehová llegó á cansarse
De tolerar á la nacion judaica.

Pero recuerda la espantosa historia
De Eva y Adan, y la fatal manzana,
Y que el mortal es débil como el lirio
Que un niño tierno de su tallo arranca.

Enojado el Señor con los delitos
Muchos y grandes de la raza humana,
Vertió en nosotros su indignada copa,
Copa de ajenjos y de hiel amarga.

Y desde entonces en civil discordia
Los rencores en México se inflaman;
Llanto y mas llanto brota de los ojos,
Sangre y mas sangre las llanuras baña.

Y luego viene un bárbaro estranjero
Y nuestras palmas y laureles aja,
Y dicta leyes con acero en mano,
Al estallar sus bombas y granadas.

Y para colmo, el Angel de la muerte
Tendiendo al aire sus inmensas alas,
Voló como un espectro desde el Bravo,
De Veracruz á las ardientes playas.

Y acá, y allá desolacion y muerte
Desparramando va por donde pasa:
¡Doncella de Salen! baja del cielo
Y la ancha espada de su mano arranca.

Mira que en las ciudades y los campos,
En la pajiza choza y el alcázar
Ya desfallece de dolor la gente
Y ya tus hijos de llorar se cansan.

Está en los ojos el pesar pintado,
Están de susto pálidas las caras,
Y de terror se erizan los cabellos,
Y de terror el corazon se pasma.

En tus manos está que Dios se aplaque
Con solo darle una mirada blanda,
Y si le ruegas que su espada suelte
En el instante soltará la espada.

Yo conozco al Señor ha muchos años,
Y sé tambien lo que á los hombres ama,
Y sé lo que tus súplicas lo mueven,
Y sé lo que los llantos lo desarman.

Ruégale al Inocente del Calvario,
Víctima de dolores y desgracias,
Que por esas desgracias y dolores
Nos restituya la perdida calma.

Te lo suplico por su augusto nombre,
Y por la tibia leche que le dabas,
Por el sudor de su abatida frente,
Y por su sangre que cayó á tus plantas.

TRIUNFO DEL CRISTIANISMO.

Era Diciembre, y el punzante hielo
Las alturas del Líbano cubria,
Y niebla tan espesa como fría
Ocultaba la cumbre del Carmelo.

Entre pálidas palmas lentamente
Corre triste el Jordan, y en sus orillas
Deshojadas las cañas amarillas
A lo largo se ven de la corriente.

Algun pájaro acuático nadando
Va por el lago azul de Tiberiades,
Y no suena en las vastas soledades
De los arroyos el murmullo blando.

Las yerbas y las flores sin aroma
Con blanquísima escarcha están cubiertas,
Y en las orillas del Cedron desiertas
Solo se oye el gemir de la paloma.

En tanto allá en Belen en duro lecho
Está el niño Jehová recien nacido,
Como el ave inocente en pobre nido
En el rigor de temporal deshecho.

Su blanda Madre cógelo en los brazos,
Y al cogerlo y mirarlo se embelesa,
Retíralo y acércalo y lo besa,
Y lo mira otra vez y le da abrazos.

Y lo acaricia llena de congoja,
Y le pasa la mano por la frente,
Y le presenta el pecho blandamente,
Pecho que el Niño con su llanto moja.

De improviso la Madre da un lamento
Y su blanco semblante se colora,
Y se estremece inconsolable y llora,
Y es que piensa en el Gólgota sangriento.

Su Esposo, sin color en las mejillas,
Adivina la causa de su llanto,
Y se cubre la cara con el manto,
Y se arroja á sus plantas de rodillas.

¡Quién le dijera á Roma omnipotente
Y al César en el alto Palatino,
Que domaria al pueblo de Quirino
Un pobre Niño del vencido Oriente!

¡Quién pudiera pensar que se verian
Postrados á sus piés en cautiverio
Los agitados Dioses del imperio
Que las naciones incensado habian!

Nació Jesus en humildad estrema
Lejos de cortesanas esperanzas:
No le cercaron áulicos ni lanzas,
Ni se ciñó magnífica diadema.

Y fugitivo aun siendo pequeñuelo,
Perseguido del rey buscó un asilo
En las ardientes márgenes del Nilo
Lejos, muy lejos de su patrio suelo.

Despues el rico, el pobre, el fariseo
Escucharon su voz en Palestina,
Y destiló su boca una doctrina
Que el Pórtico ignoraba, y el Liceo.

No el aplauso buscó, buscó el retiro,
Y la sonrisa no se vió en sus labios,
Y lamentó á sus solas mil agravios,
Y cada paso le costó un suspiro.

En triste noche y olivar desierto
Iba á ocultar sus llantos y congojas,
Y al ruido de los vientos y las hojas
De sangre alguna vez quedó cubierto.

Entregó un fementido á ese Inocente
Que murió entre los públicos furores
A fuerza de desdenes y dolores
En medio de las olas de la gente.

Pero antes levantó Gabriel su vuelo
Al ver en el espacio el sol brillante,
Y lleno de tristeza y palpitante
Echóle encima su enlutado velo.

Tu augusto Padre en premio ¡oh gran Profeta!
Te dió el alto poder de que domines
Desde el hombre á los blancos serafines,
Desde la flor al pálido cometa.

Y puso en tu derecha el sol ardiente
Y en tu izquierda el lucero matutino,
El cielo azul bajo tu pié divino,
Y el Iris colocó sobre tu frente.

Cual relámpago vivo, así relumbra
Tu fé desde el Jordan hasta la China,
Del Africa al helado Berecina,
Y al mundo de Colon tambien alumbra.

Junto al Nilo dictó sus justas leyes
Tébas, ciudad de muros poderosos;
Mas cayeron sus muros y colosos,
Las tumbas y palacios de sus reyes.

En esa soledad, en esas ruinas
Pasó la vida el triste solitario,
Pensando en las congojas del Calvario
A la vista de arenas y de espinas.

O bien junto á la roca silenciosa,
O bien junto á la orilla del torrente
Bendice humilde al Dios Omnipotente,
Criador de la dorada mariposa.

De noche desde bárbara palmera,
Absorto en religiosos pensamientos,
Oye tranquilo rebramar los vientos,
La hiena audaz y la feroz pantera.

La jóven mártir viendo los laureles
Que le iba á dar sacrílego el romano,
Tentaba alegre con la blanca mano
Sus apretados y ásperos cordeles.

Contenta, oh Niño, por tu fé moria
Despedazada en garras de las fieras
A la pálida luz de las hogueras
Entre el polvo del circo y gritería.

De Alarico el bridon con freno de oro
Vuela hasta el Tíber á tu voz tremenda,
Y tu Angel lo conduce por la rienda
Hasta ponerlo en el soberbio foro.

Y la Roma pagana que algun día
Se empapó con la sangre de los fieles,
Pisada fué por bárbaros corceles
Que se empaparon con su sangre impía.

Mas la potente fé despues os doma,
Pueblos del aquilon, grandes naciones;
Mil veces vuestras férvidas legiones
La espada envainan á la voz de Roma.

Antes que en Siria nuestra fé sucumba,
Los cruzados dejando sus hogares
Pasan desiertos y rugientes mares,
Para besar del Salvador la tumba.

Tan bravos y cumplidos caballeros
Firmes batallan en distante clima,
En Gaza, en Tiberiades y en Solima,
Y mueren como intrépidos guerreros.

Las vírgenes del claustro solitario,
Puras como las flores de los ríos,
Desdeñan los diamantes y atavíos
Postradas entre el humo del santuario.

Y en medio de la corte voluptuosa
Huyen de los placeres delincuentes,
Y ofrecen al Señor las inocentes
Sus almas puras de color de rosa.

Admira ver al grave misionero
Buscar los continentes mas lejanos,
Cruzar llanuras, montes y pantanos
Despues de recorrer el ponto fiero.

En el silencio de la selva oscura,
O al terrible bramar de los torrentes,
Tranquilo enseña á las feroces gentes
La alta moral de la doctrina pura.

Y aquel feroz é indómito salvaje
Que la sangre bebió de su enemigo,
Despues al viajador sirve de abrigo
Y detesta la sangre y el pillaje.

El César Cárlos que triunfó en Pavía,
A cuya voz enmudeció la tierra,
Cetro y corona y palmas de la guerra
Puso á los piés del Hijo de María.

Bonaparte, el caudillo mas valiente,
Mayor coloso que los altos Andes,
El rey mas grande entre los reyes grandes,
Ante el Niño Adonai bajó la frente.

Sin oro, sin nobleza y sin renombre
El triste Pescador de Galilea,
Tu gloria ensalza en la infeliz Judea
Y en la Roma gentil Hijo del hombre.

Delante de Neron fundó un imperio
Mas alto que el del alto Capitolio,
Y ocupan los pontífices el solio
Que Augusto César ocupó y Tiberio.

Acoge diligente el Vaticano
Artes y ciencias de la docta Grecia,
Constantinopla en vano las desprecia,
Tambien Mahometo las persigue en vano.

Y la eterna ciudad tiene el destino
De ser puerto seguro en la tormenta,
Y liberta á la Europa de la afrenta
De que se estinga el esplendor latino.

Así tu voz ¡oh Niño de Judea!
Cambia la faz del orgulloso mundo:
Reyes y pueblos con amor profundo
Vierten su llanto que á tus piés gotea.

Vences glorioso á la sagaz serpiente:
Su alta cabeza está bajo tus plantas,
Y la raza infeliz de Adam levantas
Y el trasudor enjugas de su frente.

Muy mas allá del centellante Arturo
Estás reinando en trono de diamantes,
Y en tu honor los arcángeles radiantes
Queman postrados el incienso puro.